



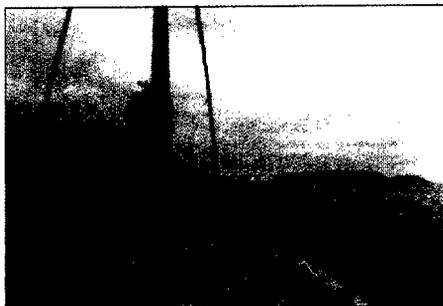
ESPACIOS MARINOS DE INTERÉS ECOLÓGICO

LAS ISLAS SISARGAS

Para ir a las islas Sisargas es obligado parar en Malpica de Bergantiños, una vetusta villa costera, documentada desde el siglo XIII, municipio de la provincia de A Coruña y diócesis de Santiago de Compostela, que cuenta con ocho parroquias y alrededor de nueve mil habitantes, casi todos marineros, pues de su censo tan sólo el cinco por ciento se dedica a faenas ajenas a la pesca, si es que ajeno puede llamarse el trabajo de suministrar el garbanzo, dar de beber el vino, facilitar el chubasquero, sanar las heridas, o cristianar a quienes, desde tantas generaciones que se pierden en el tiempo, son tan de la mar como lo es la sardina, el xurelo, el percebe y la cigala, principales frutos que el agresivo Atlántico ofrece generosamente en aquellas costas, al precio de los

muchos naufragios que salpican de muertos y desaparecidos, de cuerdas y baos, que son los téticos costillares de los barcos también descarnados por la muerte, el litoral malpicán.

Su historia también es muy marinera: la caza de la ballena que explotaron los marinos vascos hasta principios de nuestro siglo, previo pago de un jugoso canon al arzobispado; el declive de la vela con la aparición en el año 1920 de *La Solita*, que era una barca con motor de gasoil y hélice, todo un revolucionario invento que durante varios lustros convivió «ella solita» con los veleros y pataches, que ya se adivinaban caducas estrofas en la poesía de la rosa de los vientos. Luego vino el primer muelle, después el varadero, el malecón, las grúas, hasta llegar al día de hoy en el



Rumbo a las Sisargas a bordo del *María Cristina*; a babor, el cabo San Adrián.

que Malpica cuenta con una de las mejores lonjas de Galicia, atrayendo a asentadores de Vilagarcía de Arousa, de Vigo, Madrid y demás mercados de nuestra geografía.

En Malpica empieza o termina, según se mire, la Costa de la Muerte, unos dicen que en el faro de las Sisargas, otros que en el mismo cabo San Adrián, un destacado promontorio, nariz en el perfil de la costa de Bergantiños, desde el que podemos ver, a unas dos millas de distancia, el archipiélago sisargueño. La Sisarga Grande tiene aspecto de mesa, cuya parte plana, levantada 100 metros sobre la mar en dura vertical, parece nevada de gaviotas. La Malante y La Chica, las Sisarguitas, podríamos decir, también están llenas de gaviotas y de vida por doquier. Allí no queda espacio para el biquini ni para el balón bolea, aún está todo como en los primeros días del Génesis, al menos eso parece en la distancia de San Adrián, cuando el halcón peregrino sobrevuela las colonias, y las miriadas de aves marinas se agitan en remolinos, como de copos de nieve,

enloquecidos en la ventisca, levantadas en una alarma general y en un graznido común de espanto que sobrecoje al observador. Son, pues, islas que se ven, que se mueven y que suenan.

San Adrián es también un santiño malpicán y bergantiñán, pues despierta no sólo devociones locales, sino también comarcales, reuniéndose un gran gentío en su ermita, muy visible desde la mar, el domingo siguiente al 16 de julio, fiesta del santo y momento propicio para pedir por la salud de personas y animales, pues San Adrián, al modo de San Roquiño o de San Antonio, es tan protector de la gallina como del porquiño, de la vaca como de la oveja —la «sota» en la parla gallega—, como puede serlo de mi viejo amigo Mariñán, el patrón del *María Cristina*, que mucho le tiene rogado al santo para que le sanase una herida de anzuelo que nunca se decidía a cerrar en su muy trabajada mano izquierda.

La isla Malante está separada de la Grande por un estrecho canal, el Carreiro de Estadega y, a su vez, por el Carreiro de Esteirón de La Chica. Con un poco de suerte y en mareas vivas podremos cruzar entre las tres islas sin mojarnos más arriba del ombligo, lo que no excluye el riesgo de quedarse enclaustrado, de figurón, en uno cualquiera de estos peñascos, esperando a que vuelva a bajar la marea en la grata compañía de cormoranes y gaviotas.

Yo iba mucho por las Sisargas a finales de los años setenta, en el barco del Mariñán. No me faltaba allí la charla con los fareros o, mejor

dicho, con los torreros, como ellos preferían llamarse.

Inolvidable es para mí Evaristo Poza Meixende, que diferenciaba, y con razón, el farero de costa del torrero de isla, como era aquella y, más aún, de isla «aislada», pues en aquellos años sólo caían por las Sisargas cuatro «chalados» de vez en cuando a estudiar la nidificación de las aves. Cualquier otro contacto con el ser humano era pura coincidencia para Evaristo.

Nada más desembarcar en la Sisarga Grande, un cartel pintado con brea en una caseta que almacenaba cuatro cachivaches marineros, apagado por la erosión del tiempo, nos advertía: «Prohibido coger huevos».



Una cordada para acceder a la colonia de gaviota tridáctila. La foto no da idea de la verticalidad y de lo peligroso del descenso.

Se refería lógicamente a los huevos de gaviota que en pasadas épocas de penuria apañaban buenas tortillas que mitigaban el hambre de algún pescador, además de facilitarle algún ingreso extra, a pesar de que el comandante de Marina, llevado de un anticipador sentimiento ecologista, había prohibido su recolección en un edicto: «porque tales aves nos descubren con sus vuelos las mejores zonas para pescar y por ello merecen nuestros cuidados». Por aquel entonces se vendían los huevos de gaviota en las pastelerías; decían que estaban muy buenos y eran los tiempos del racionamiento, del gasógeno y de la malta como sucedáneo del café. El cartel de las Sisargas era su borroso recuerdo.

Remontábamos el empinado camino del faro, y un enjambre de gaviotas patiamarillas (*Larus cachinans*) nos sobrevolaban, lanzándose en picado sobre nosotros a toda velocidad, como si fueran meteoritos, para pasarnos a diez centímetros de nuestra cabeza, mientras graznaban muy cabreadas: ¡Ag,ag,ag,ag!, para a continuación remontar el vuelo en vertical como un reacto: ¡Zziuuuuu!, sonaban sus alas. Se trata de un ritual de advertencia que no pretende golpear al intruso, sino asustarlo, aunque a alguna gaviota le falla el cálculo y puedo asegurar por experiencia que «el gaviotazo» le deja a uno atontado y que no carece de cierto riesgo. También en un repetido ritual de demarcación territorial, el ornitólogo puede recibir las copiosas heces líquidas de las alarmadas gaviotas, que delimitan así su concre-



La primera y más grande colonia de gaviota tridáctila en España, en las verticales de Sisargas.

to espacio vital, «pintando» sus lindes con el indiscutible y respetable blancor de sus deyecciones. Cosas de la vida.

Las islas Sisargas son, para mi leal saber y entender, el primero y más importante ecosistema no sólo de Galicia, sino también de España y de la Península Ibérica, y creo que aún me quedo corto, pues dudo que en el viejo continente haya otro lugar que concentre en tan poco espacio tantas aves marinas y de tan variadas especies y de tanto valor ornitológico, ofreciendo estas islas gallegas cuadros de la naturaleza comparables a los que los escoceses pueden contemplar en los acantilados de Bass y los noruegos en la famosa montaña de las Aves.

Bien, ¿y qué tienen las Sisargas para que el que suscribe las piropee tanto? Pues ahí va: tienen la primera y mayor colonia de nidificación de gaviota tridáctila (*Rissa trydactila*) de la Península Ibérica, descubierta en el año 1975, en un inaccesible y escondido acantilado, debajo de la sirena del faro, por los prestigiosos biólogos gallegos y viejos amigos míos Rodríguez Silvar y Andrés Bermejo. La tridáctila es una gaviotilla grácil, blancucha, con alas suavemente emplumadas en gris, con aspecto de paloma, que vive siempre en la mar abierta, lejos de las costas. Es un ave pelágica que sólo se acerca a tierra para criar, y aquí en España sólo en Sisargas y en algún posterior y diminuto asentamiento en cercanos

y contados criaderos gallegos. En la Sisarga Grande hay alrededor de 175 nidos en una repisa pavorosamente asomada a la mar de poniente.

También cuenta este archipiélago con la primera y más nutrida colonia de gaviota sombría (*Larus fuscus*) de España, un lárido que únicamente aparecía en los inviernos de aquellos años, y que estrenó nidificación española precisamente en las Sisargas, y que hoy expande sus nidos paulatinamente en la costa peninsular, aunque a cuentagotas. La colonia de gaviota sombría sisargueña es de 200 parejas y fue descubierta en los años setenta y pocos, no lo recuerdo bien, por el ingeniero militar, entonces capitán, Mario Rafael. Hay también en Sisargas unas 4.000 parejas de gaviota patiamarilla (*Larus cachinans*) ¡Casi nada!

Pero no es oro todo lo que reluce. Me refiero al pingüino gallego o arao (*Uria aalge*) de la subespecie ibérica. El profesor Bernis, pionero de la ornitología científica española y reconocida autoridad en la materia, llegaba a Sisargas en el año 1948, y censó 600 araos en el archipiélago. Las últimas veces que yo fui por allí, a mediados de los ochenta, quedaban dos o tres parejas, alguna tan conocida como la del Con del Zorro, un pedrusco que velaba en el confín occidental de la Grande. Creo que actualmente se ha extinguido esta especie en Sisargas, siendo sus efectivos de una docena de parejas nidificantes a nivel nacional. Felipe Bárcena cree que a mediados de siglo había 20.000 araos en las costas españolas, entre invernantes y nidifi-

cantes; hoy los escasos invernantes no superan el medio millar, y en otra de sus más importantes zonas reproductoras, las portuguesas islas Berlengas, con 600 parejas en los años ochenta, se considera ave vestigial, debido a su escaso número y precaria situación. Supongo que yo soy uno de los últimos naturalistas españoles que ha podido fotografiar una pareja de araos con su pollo. Todo un privilegio.

El arao es un ave muy del norte europeo. Tiene las patas en posición retrasada para poder emplearlas como timón cuando bucea y unas cortísimas alas que prefiere no usar, pues opta por sumergirse cuando intuye el peligro, y para pescar, lo que hace a gran profundidad. Pone un solo huevo, sin nido alguno, sobre la dura roca. Es un huevo piriforme porque si rueda lo nace sobre sí mismo, sobre su eje, como un trompo, sin desplazarse de su sitio. Eso sí, padres preocupados, los araos defecan sobre el huevo para cementarlo sobre la roca. En la naturaleza hay cada chalado de aupa. El pollo, cuando apenas ha dejado el plumón, se tira desde lo alto del nido, a veces desde gran altura, sobre la mar, «a ver si tiene la suerte de caer encima de ella». Ya digo, de camisa de fuerza. Pero no han sido las extravagancias de este «pingüino», ni sus muchos depredadores, ni los cazadores, a los que antaño se les acusaba de tirar sobre fácil blanco (y negro), sino la contaminación y el desequilibrio ecológico los principales causantes del ocaso de un ave que ha actuado como termómetro de la



El patrón Mariñán brindando con gazpacho andaluz. Un gran gallego.

temperatura vital del medio marino, que en su franja costera padece la grave enfermedad de los vertidos petrolíferos y la explotación esquilmanante de sus recursos. Una pena.

Bernis contó en 1948 un centenar de parejas de cormoranes moñudos (*Phalacrocorax aristotelis*), cifra que hoy pervive en Sisargas, afortunadamente, porque los problemas de este pelecaniforme son muy distintos y más llevaderos que los del arao.

Aún hay más cosas interesantes en Sisargas. Había, y no sé si el pasado es el tiempo más adecuado, dos parejas de halcón peregrino que tenían el nido en lo más arriscado de los tremendos acantilados del oeste, dando cara a la Cova dos Aros

(aro=arao en gallego). Era una gozada verlos volar y caer en sus picados rituales a la velocidad del rayo, rayo del que los torreros de Sisargas sabían mucho y lo padecían más, pues el granito isleño, el batolito, actúa como atrayente para este fenómeno meteorológico, que ha causado serios daños en los bienes y producido grandes alarmas en los sufridos y únicos seres humanos que allí vivían. El rayo era para aquellos fareros como el lobo para los pastores..., historias para no dormir.

Otra curiosidad, más bien rareza ornítica insular, era la presencia de varios cuervos (*Corvus corax*) nidificando y formando parte de la cadena trófica o alimenticia de las islas. Y es que en Galicia hay muy pocos cuervos, a pesar de los que Pondal llamaba «os feros corvos de Xallas», porque los que se ven volando y graznando en los aquís y allís gallegos son, en realidad, cornejas (*Corvus corone*), o sea, otro bicho, parecido pero distinto, aunque el paisano llame «corvos» a ambas aves. Los cuervos se dedicaban en Sisargas a robar huevos a las gaviotas (haciendo caso omiso del edicto del comandante de Marina), les perforaban un agujerito muy redondo y bien pensado, por el que lo vaciaban y a continuación lo dejaban cuidadosamente depositado en un montón, después de papeárselo. Ordenado sí que era el hermano cuervo, y pacienzudo, porque las gaviotas no hacían nada más que acosarlo y él como si oía llover, ni inmutarse. Cuestión de huevos, evidentemente.

El catálogo faunístico de Sisargas se queda incompleto con las especies



Se ha ido extinguiendo el arao. En la foto, el ornitólogo Izquierdo intenta recuperar un ejemplar petroleado.

que brevemente hemos comentado y que son las excepcionales, las que por no tener remedio en otros ecosistemas españoles le dan valor nacional e internacional a este medio insular. Pero a las importantes citas que hemos reseñado en este artículo habría que añadir alguna más; entre las destacadas, la del vencejo real (*Apus melba*), un ave muy amante de las cornisas marinas, contra las que parece que va a chocar, cuando en sus vertiginosos vuelos se cuelga con un acrobático quiebro de su cuerpo, en una imperceptible ranura de la roca, en cuyo interior ha situado el nido con unos pollos que jamás volverán a tocar la tierra, ni para dormir, ni para aparearse, ni para comer, pues toda su vida discurre en el aire, excepto cuando atienden a su prole. ¡Qué cosas!

A las islas Sisargas las protegía la figura de menor entidad proteccionista existente, y además y curiosamente, al margen de la legislación entonces vigente o en promulgación sobre espacios protegidos. Eran Refugio de Caza, al amparo de la Ley de Caza de 1970, que fue muy sencilla y ágil de aplicar, y que cumplió su cometido: defender como fuese y cuanto antes un espacio marino excepcional por su riqueza natural. Hoy las islas Sisargas forman parte del proyecto que junto a las islas Cíes, Ons y, posiblemente, Salvora se agruparán bajo el título de Parque Nacional de las Islas del Atlántico.

Amén, o sea, que así sea.

José CURT MARTÍNEZ

